No es país de las maravillas

TRES CUENTOS CLÁSICOS REINTERPRETADOS

Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Yurex Omazkin

Labios Rojos

FRANCISCO HINOJOSA

Caperucita Roja –una vez rescatada por los leñadores furtivos de las entrañas del Lobo Feroz– regresó a su casa y le contó a su madre todo lo que le había pasado. Aún llevaba impregnados en la ropa los ácidos digestivos de su frustrado devorador y resentía la claustrofobia que le había producido el verse encerrada en una misma panza con su abuela. Se reclamaba a sí misma haber sido tan sorda y miope como para confundir un animal con un ser tan amado, pero su aspecto maternal y el timbre de su voz la habían seducido al momento.

Mientras tanto, la abuela se volvió a meter a la cama para comerse las sobras de los pastelitos que le había llevado su nieta. El Lobo yacía en la modesta estancia: había muerto desangrado. Los leñadores, una vez consumada su buena acción del día, continuaron con su labor de talar el bosque.

Muchos años después, la niña se hizo adolescente, luego joven y finalmente adulta. Cambió su atuendo –aunque

mantuvo el color rojo en sus labios– y obtuvo, por méritos propios, un cargo público de alto nivel. Su anciana madre dejó de hacer pastelitos pero, a pesar de su alcoholismo, siguió insistiéndole en que no se apartara del camino ya que el peligro, fuera de casa, golpeaba la puerta.

–Los lobos no existen, son metáforas, pero las metáforas a veces están más hambrientas y tienen los dientes más afilados –dijo antes de echarse un sonoro eructo.

Un día, Labios Rojos –llamada así por el lápiz labial que usaba, contrastante con sus inclinaciones políticas– recibió un encargo de su jefe: recibir y transportar el donativo para la campaña que un Eminente Empresario haría al Partido. Eran tiempos electorales. Las aguas estaban turbias.

–No te distraigas con asuntos fuera de la agenda. Hay muchos lobos sueltos capaces de dar la vida por obtener información. El futuro del país está en juego.

Labios Rojos echó a andar el motor de su BMW y se encaminó rumbo a las oficinas del Eminente Empresario. Al ver que el reloj le permitía hacer una parada, decidió hacer escala en un centro comercial para comprarse unas alpargatas o quizás un sombrero.

Al salir de la zapatería se encontró con un amigo Senador, si bien de un partido distinto al suyo, contertulio de cantina y dominó.

–¿Tienes prisa?

Labios Rojos volvió a consultar el reloj. Y como la respuesta fuera negativa, se encaminaron hacia un bar del centro comercial. Pidieron ambos un vodka en las rocas, que fueron dos porque era hora feliz. Hablaron primero de política y después del estado del tiempo. Al segundo trago (cuarto), ella le dijo que debía retirarse porque tenía una cita con el Eminente Empresario, aunque no le dijo el motivo de su visita.

–Paga mientras yo voy a los servicios.

Orinó, se repintó los labios con el bilé rojo y regresó al bar. El Senador ya no estaba allí. Había dejado sobre la mesa dos billetes para pagar la cuenta, además de otro vaso de vodka (dos). Labios dio un par de sorbos a la bebida y, antes de pasar al estacionamiento por su BMW, se compró un sombrero. Rojo.

Mientras tanto, el Senador ya llamaba a la puerta del Eminente Empresario.

–Vengo con un encargo del Partido.

Aunque el acaudalado inversionista esperaba la voz de una mujer, permitió la entrada del enviado que esperaba. Al abrir la puerta se topó con una pistola que le apuntaba a la cabeza. Amordazado y maniatado, fue conducido a un clóset. El Senador le inyectó en el brazo una sustancia de dudosa transparencia. Sobre una mesita había una maleta llena de dinero.

Labios Rojos tocó el timbre.

–Vengo con un encargo del Partido.

El Senador dejó entreabierta la puerta y corrió a encerrarse en el baño.

–La escucho –le dijo desde su escondite.

–Le traigo los papeles: el permiso para la construcción de un centro comercial en Xochicalco, la concesión de veinte gasolineras y el documento de propiedad de quince kilómetros de playas en Oaxaca.

–Puede tomar mi aportación. Está en la maleta.

–¡Cuántos billetes! –exclamó apenas la abrió.

–Son mi contribución a la democracia.

–¡Qué generoso!

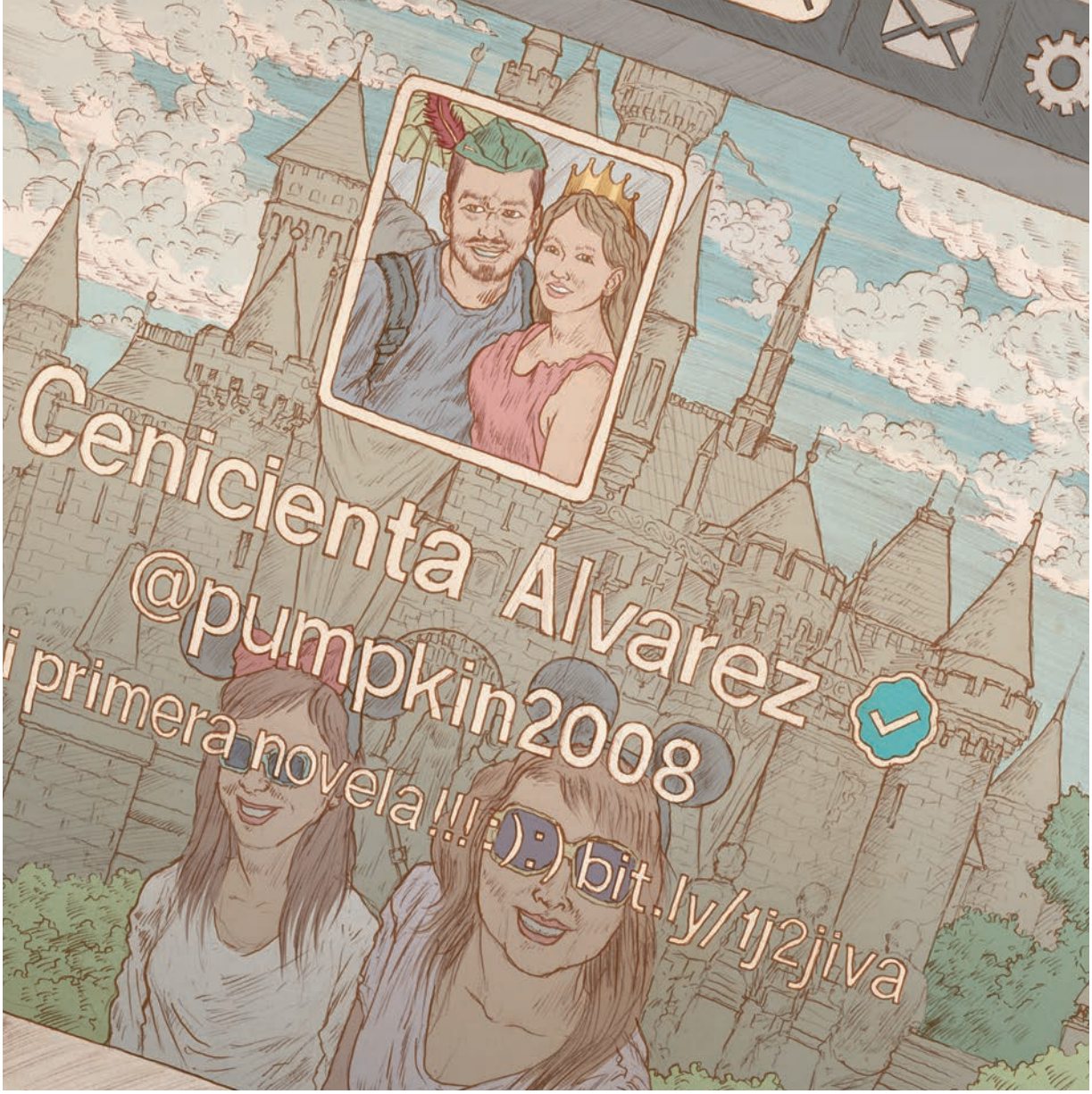
–Es para fortalecer al Partido.

–¡Cuánto enigma!

–Así es la política –y el Senador salió del baño pistola en mano.

Repitió el procedimiento de seguridad y guardó a Labios Rojos en el clóset junto al Eminente Empresario. Salió del lugar con la maleta y los documentos.

Ese día no hubo ninguna metáfora que pasara por allí para rescatarlos. Fueron encontrados dos días después. El MP acudió al lugar de los hechos, "declarándolos muertos". –



Cenicienta

VIVIAN MANSOUR

Había una vez, hace poco, poco tiempo, un manojo de pelos, un puñado de dedos y una disyuntiva. Esa situación la vivió la Cenicienta, una mujer muy hermosa y pobre, pero sometida por su madrastra y dos hermanastras.

La Cenicienta, abnegadamente, depilaba las peludas piernas de las mujeres con cera líquida, arrancando de un enérgico tirón muchos gritos y ramilletes de vellos. Después, con gran maestría y cuidado, inyectaba bótox en las mofletudas mejillas de las damas, todo con el fin de otorgarles una expresión más permanente. Les sugería la compra de fajas y remedios contra la gordura por TV Directo. Pese a todos sus esfuerzos –no se sabe si bienintencionados o no– la madrastra y las hermanastras resultaban cada día más feas, gordas, arrugadas y aburridas.

Una noche, en el noticiero, se anunció una gran cena de gala con el fin de recaudar fondos para una causa noble. ¿Cuál? No importaba. El altruismo brotó, como un manantial, de los robustos pechos de las damas y decidieron ir al evento, sobre todo para portar sus últimas adquisiciones en ropa y accesorios. "La Cenicienta no podrá ir –dijo la madrastra en tono cruel–, ella no tiene ni un mísero trajecito sastre. Así que tendrá que quedarse en casa limpiando los azulejos de los baños. Y, como no tenemos tan mal corazón, le regalaremos ese día un nuevo limpiapisos ecológico."

Llegó la noche del esperado evento y la madrastra y sus hijas se marcharon a la fiesta, emperifolladas y perfumadas al máximo, como solo pueden hacerlo las mujeres desesperadas.

Sola, de rodillas, fregando las baldosas, la Cenicienta lloró. Y en ese momento apareció un hada. Se trataba de una mujer ejecutiva, muy elegantemente vestida de azul oscuro y que portaba un portafolios de piel.

–¿Cuál es el problema? –preguntó en tono muy práctico.

–No tengo nada que ponerme –respondió moqueando la Cenicienta.

–Querrás decir que no tienes crédito. Pero eso se resuelve con MasterCard.

Y el Hada extrajo de su bolsillo una varita mágica de forma rectangular, hecha de plástico. En letras doradas y resaltadas, se podía leer el nombre de su nueva propietaria:

Cenicienta Álvarez, miembro desde 2000.

–Tienes crédito ilimitado. Espera mi visita a fin de mes, antes del corte –le advirtió el Hada.

Con ese mágico adminículo la Cenicienta se compró un vestido de Versace, una bolsa Louis Vuitton y zapatos Jimmy Choo. También rentó una limusina y contrató a un chofer muy orejón.

El evento de caridad estaba resultando un éxito. Toda la prensa había sido convocada. El anfitrión, el soltero más codiciado de las revistas sociales, repartía a su paso simpatía y buen humor. Pero cuando llegó la Cenicienta, su amabilidad se convirtió en amor. Bailaron toda la noche. Al dar las doce, la Cenicienta tuvo que abandonar intempestivamente el salón de baile porque el servicio de limusina se vencía a medianoche. En su loca carrera, perdió su zapato Jimmy Choo. El anfitrión, desconsolado, conservó ese zapato como un anzuelo.

La Cenicienta regresó a su triste vida cotidiana. Al término del mes, recibió la visita del Hada Madrina exigiendo el pago de la tarjeta o sería incluida en el buró de crédito. Sus desgracias parecían no tener fin.

Mientras tanto, el príncipe añoraba encontrar el pie que embonara en aquel calzado, así que convocó a todas las damas de la sociedad para probarles el zapato. El hombre no quiso delegar a ningún lacayo tarea tan delicada, por lo que él mismo se sentó en un banquito para revisar una a una a todas las candidatas. Había una larga fila de mujeres de todos los niveles deseosas de cambiar de status. ¡Cuántos pies se esforzaron por entrar en esa fina cueva de terciopelo! Entre ellos, los de la hermanastra, cuyos afilados juanetes impidieron el paso por la cavidad. Las verrugas plantares de otra mujer no armonizaban con tan fino diseño. Incluso pies pequeños, delicados y suaves como palomas no fueron bien recibidos por el zapato. El príncipe examinaba, palpaba y probaba. Su labor parecía no rendir los frutos deseados, pero la llevaba a cabo con gran concentración y amorosa entrega.

Al término de la fila, el príncipe revisó el último pie. Tenía un tamaño colosal: calzaba del número seis y medio. Era rollizo: recordaba la forma de un chile relleno. Cada dedo estaba adornado por un esférico y perfecto ojo de pescado que parecía mirar al príncipe con fijo interés. El corazón del hombre se aceleró. Los paparazzis que ahí se encontraban afirman que su aristocrática lengua lamió cada metatarso y que los ojos se le pusieron en blanco cuando pasó el dedo índice por la piel engrosada del talón. Un río de saliva mojó el empeine de la candidata. El príncipe no necesitó alzar la vista para identificar a su dueña. Supo que por fin había encontrado lo que tanto buscaba.

El pie de la Cenicienta entró en el zapato como cuando penetran dos pájaros en el mismo nido.

El príncipe podófilo y la Cenicienta –ahora bautizada como *socialite*– vivieron felices para siempre. –

H&G

M. B. BROZON

Imposible no escuchar las discusiones en aquel departamento de cuarenta metros cuadrados y paredes de galleta. Pero Huitzi no las resentía tanto como su hermana Gloria: las madrastras les suelen venir peor a las hijas.

–¿Llevarlos a la escuela? –gritaba la mujer–, ¿semejantes verdolagones? No, chiquito, tú te vienes conmigo al tianguis, ¿quién crees que va a cargar tanto bulto?

Así funcionaban las cosas desde que su padre se juntó con esa mujer, a quien los chicos se referían como la pinche bruja.

–Y total, ¿para qué van a la escuela? Mejor que recojan los paliacates chinos que vamos a vender el domingo.

El murmullo del papá no se entendió.

–Ay tú, qué les va a pasar, Tultitlán está lejos, pero ya están grandes y no son tan tontos.

–¿Dónde está eso? –preguntó Gloria a su hermano.

–En la casa de la chingada, creo. Pero vamos y volvemos sin pex.

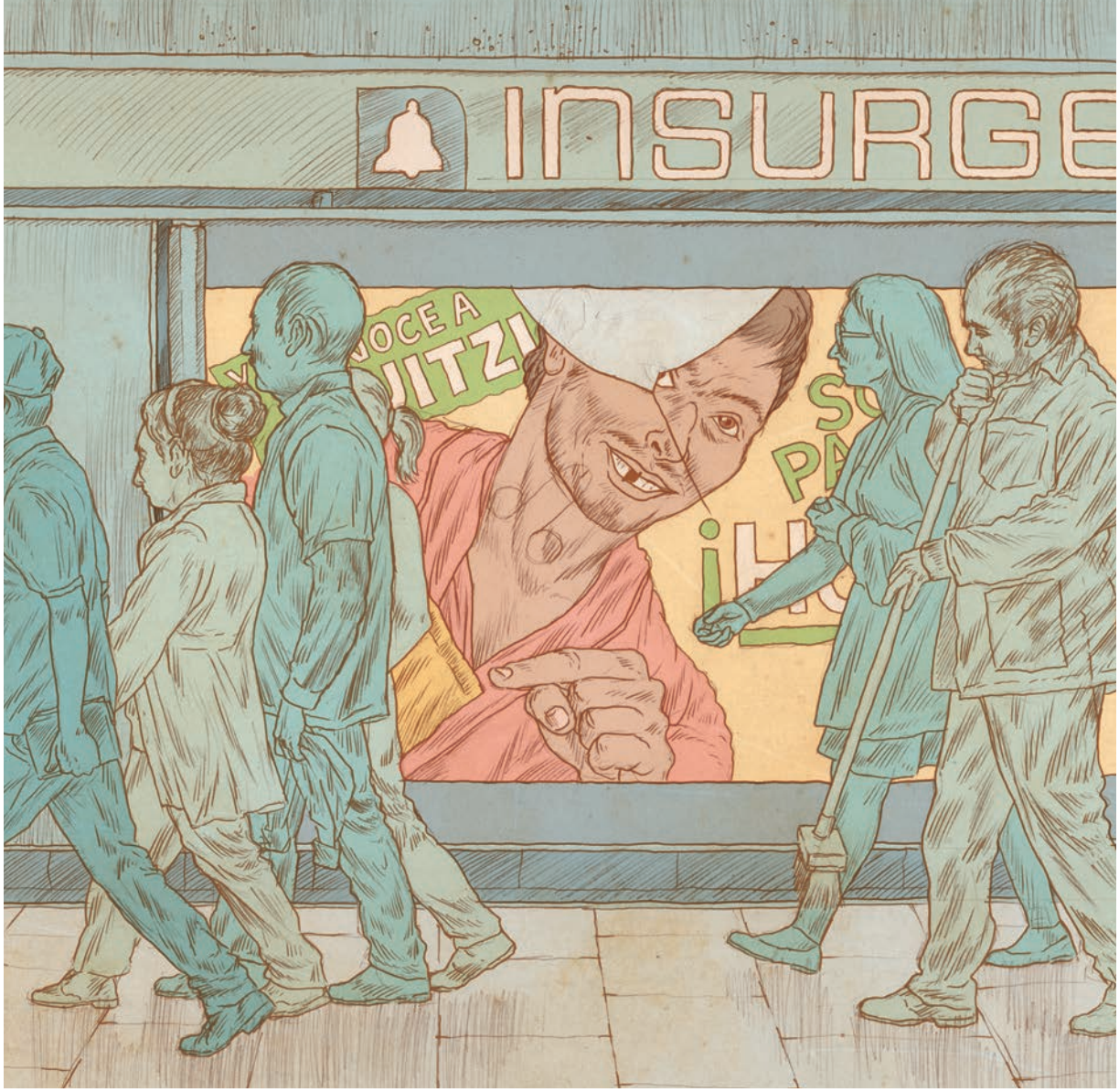
Al día siguiente, Guía Roji en mano, el padre le explicó a Huitzi cómo llegar al sitio donde les entregarían los paliacates y le dio unas monedas.

–¡No, pus no nos va a alcanzar, jefe! –rezongó el niño.

–Sí, pero es todo lo que tenemos –fue la mujer quien contestó–. El Oreja, que es el que te va a dar los paliacates, me debe cincuenta varos, le dices que te los dé y con eso se vuelven y hasta les alcanza pa un taquito de suadero; en la esquina a donde van hay un puesto, están bien buenos.

Huitzi tomó la Guía Roji para guardarla en su mochila.

–No, ni madres, esta es mía, si me la pierdes con qué me la pagas –la mujer le arrebató los mapas.



El niño echó a su padre una mirada que le reprochaba su silencio. Él, como siempre, la evitó avergonzado. Huitzi tomó a su hermana de la mano y salió del departamento con un portazo.

–¡Qué carácter, ¿eh?! –se oyó la exasperante voz de la madrastra.

Había que recorrer un largo camino para llegar a Tultitlán. Les tomó más de dos horas y varias ampollas en los pies de Gloria, cuyos zapatos hace mucho habían dejado de quedarle. Pero al fin estaban ahí, frente a la dirección que la mujer les había escrito en un papel. Huitzi golpeó la puerta metálica. Un minuto, nada. Tocó de nuevo. Escucharon pasos y abrió un anciano que parecía tener ciento cuatro años.

–Diga.

–Vengo con el Oreja por los paliacates. Me manda doña Tere.

El anciano entrecerró los ojos. Miró hacia arriba. Los entrecerró de nuevo.

–No conozco a doña Tere ni sé nada de ningunas orejas ni paliacates.

Y cerró la puerta.

Huitzi confirmó la dirección que tenía apuntada. Era esa, sin duda. Miró hacia las esquinas y suspiró.

–No hay ningún puesto de tacos de suadero.

Gloria lloró y su hermano la habría seguido, pero la rabia no le provocaba lágrimas, sino un molesto hormigueo en la nuca. Seguro todo era un plan. Y quién sabe si solo de la pinche bruja. Tal vez su papá también quería deshacerse de ellos.

–Orita veo cómo le hacemos, pero tengo que pensar –intentó tranquilizarla.

Se le ocurrió pedir limosna, pero no inspiraban tanta lástima como otros limosneros.

Se le ocurrió pedir ayuda a un policía de tránsito.

–¿O sea que ustedes vienen siendo menores sin responsable oficial?

Huitzi y Gloria se miraron sin saber qué decir.

–Pssístá difícil, pero si se cooperan con algo ya que termine el turno los remito a la delegación, ahí a ver qué dicen...

Hutizi tomó a Gloria de la mano y siguió andando. Y, aunque trató, ya no se le ocurrió una idea que pareciera buena. Entonces vio que su hermana fijaba la vista en un

punto determinado. Miró hacia allí y vio un cartel con la figura de un chico rubio, descamisado y muy apuesto.

> ¿Quieres combertirte en un artista famoso? ¿Deseas obtener todo aquello que as soñado? Aquí, castin para comerciales, telenobelas y conjuntos musicales modernos. Contratasión inmediata.

(Toca el timbre que tiene el maskin).

Huitzi y Gloria cruzaron miradas. ¡Ser artistas famosos y obtener todo lo que habían soñado! Eso parecía bastante mejor que volver a casa. De modo que tocaron el timbre con masking. Abrió una mujer que los miró de arriba abajo.

–Venimos por el... a-anuncio –Huitzi tartamudeó y Gloria permaneció con la boca abierta al ver la sonrisa que esbozó la mujer al escuchar eso. Era guapa, distinguida y además tenía muy buena dentadura.

–Hermosos querubines, pasen, pasen por favor.

Los condujo a una amplia estancia. Lo que vieron allí los dejó paralizados de emoción. Una gran pantalla de leds parecía flotar sobre una colección completísima de consolas para videojuegos.

–Justo estaba por terminar este mundo.

–El... Grand... Theft Au... to –murmuró Huitzi con los ojos secos de admirar la escena pausada en el juego que, hasta ese momento, solo había tenido cerca en sueños. Gloria, mientras, posaba sus dedos tímidos en una iPad de las varias que había en la mesa.

–¿Les ofrezco algo? Tienen caritas de hambre, mis niños.

Los dos afirmaron con un ademán. Pasaron la tarde comiendo papas fritas y pan dulce y jugando Grand Theft Auto y Candy Crush en una sala amplia y cómoda.

–No quiero regresar a la casa nunca más –dijo Gloria. Huitzi sonrió.

Más tarde la mujer les llevó un chocolate caliente. Gloria se le abrazó de las piernas.

–Yo también estoy feliz de que estén aquí –dijo la mujer con una sonrisa ladeada. Fue lo último que los chicos vieron antes de caer en un sueño profundo.

Despertaron ante un escenario muy distinto. Ni pantalla, ni Grand Theft Auto, ni mesa con iPads. Una habitación pequeña, dos catres y una banca para ejercicio con una pesa grande.

–¿Dónde estamos? ¿Y mi juego? –dijo Gloria antes de ponerse a llorar. Huitzi intentó en vano abrir la puerta. Momentos después entró la mujer. Era tan... distinta. En bata, sin maquillaje y con la boca enjutada, sin la hermosa dentadura que exhibía el día anterior.

–Ja ja, ya se divirtieron, ¿eh? Bien, ahora van a pagarme trabajando. Tú, escuincla, harás la limpieza mientras yo me encargo de poner apetecible a tu hermano. ¿Haces ejercicio? –la pregunta era para Huitzi, quien negó con la cabeza–. Bien, pues vas a empezar, a mí para estríper no me sirve uno tan ñango como tú.

Esa, entonces, fue su vida. Gloria limpiaba toda la casa mientras Huitzi hacía lagartijas y sentadillas y tomaba licuados de proteína. Cada mañana la mujer se asomaba al cuarto y palpaba los bíceps y los pectorales de Huitzi. Pero no parecía haber grandes progresos. Porque él, tramposo, hacía las lagartijas con las rodillas apoyadas en el suelo y las sentadillas ayudándose con el borde de la cama. Además relajaba sus músculos lo más posible cuando ella lo tocaba. Quería ser un artista famoso, no un estríper. Imaginarse haciéndole un *lap dance* a una mujer como esa –o como su madrastra– simplemente le quitaba las ganas de vivir.

Una mañana la mujer entró de muy mal humor. Al ver que el niño seguía sin progresar, gritó:

–¡Dos meses y todavía pareces ostión, ya estuvo bueno! ¡Te me trepas a la banca de ejercicios ya!

Huitzi miró a su hermana y ella entendió que se le había ocurrido algo.

–Pero... yo no sé cómo se usa eso.

–¡Flácido y menso tenías que ser! –tronó la boca y se dispuso a mostrarle. Se acomodó en la banca y en ese momento Huitzi, a través de un guiño, indicó a Gloria lo que debían hacer. Cada uno tomó un extremo de la pesa y, librándola de su soporte, la dejaron caer. Se oyó un débil *crack* en el cuello de la mujer.

Huitzi y Gloria recorrieron la casa. Encontraron algo de efectivo y cargaron con varios de los dispositivos electrónicos que habían servido para seducirlos. Y, por qué no, tomaron un taxi a casa. La niña se durmió de inmediato. Un par de cuadras antes despertó y, lágrima en ojo, preguntó:

–¿Y si mi papá ya no nos quiere de vuelta?

Huitzi le señaló algo con el dedo. Pegado en un poste, un cartel con sus caras preguntaba: "¿Los has visto?"

–Están por todos lados –dijo sonriente el niño.

Indescriptible la alegría del padre al ver a sus hijos. Los abrazó casi hasta la asfixia.

–¿Y la pi... señora Tere? –preguntó Gloria.

–Ella ya no está aquí. ¡Ni volverá a estar nunca!

Reunidos de nuevo, padre e hijos fueron muy felices para siempre.

O al menos lo que duró la ganancia por la venta de las iPads. –